

SESIÓN II: *El haiku forma parte de nuestra vida*

INTRODUCCIÓN

Cuando nos acercamos por primera vez al *haiku*, experimentamos, entre otras cosas, cierta desazón, cierto disgusto, al no ser capaz de “entrar” completamente en el significado de esos tres versos que nos han impactado. Pensamos que toda esa sugerencia que desarrollan sus sílabas han sido originadas a partir de un mundo en el que el hombre no tiene cabida y que el poeta de *haiku* (*haijin*) es un ser único y privilegiado capaz de captar lo que a los hombres de hoy en día se nos escapa. No nos damos cuenta de que la Naturaleza, entendida como lo que de natural hay en todo ser, es aquello sobre lo que habla un *haiku*, y que el ser humano, junto con los peces, las piedras, los árboles, el viento, el silencio, la sombra, etc., ya forma parte de esa Naturaleza. Nosotros formamos parte de la Naturaleza, el *haiku* habla sobre la Naturaleza, el *haiku* forma parte de nuestra vida.

Si tenemos en cuenta los consejos dados por Masaoka Shiki para poetas expertos, nos damos cuenta de que, al escribir *haiku*, se nos insta a vivir nosotros mismos las experiencias, no a tomarlas de los textos antiguos o de otros poetas. Con ello, Shiki quiere animar a que el poeta experimente con el mundo que le rodea, a que se comunique con él, a que se dé cuenta de que lo que el poeta vive ya es *haiku*. Dentro de la poesía española, quizás no encontremos en toda la historia mejor definición que esta que escribió Gustavo Adolfo Bécquer:

*¿Qué es poesía?, dices mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul.
¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía eres tú.*

“Poesía eres tú”, “*haiku* eres tú”, y no hay nada más verdadero, porque ese “tú” o “yo” también forma parte de la naturaleza, de lo sagrado que ha sido creado y que, una vez experimentado como tal, nos sublima y nos hace trascender la mera cotidianidad para ver en ella misma el secreto de la creación actuando sin cesar.



COMENTARIO DE POEMAS SELECCIONADOS

I

Issa Kobayashi

*los ciruelos en flor
y el canto del ruiseñor
pero yo estoy solo*

Uno de los temas más recurrentes del *haiku* es la soledad. El poeta compone estando solo, recibe el impacto de esa belleza que subyace en el mundo mientras pasea, mientras medita, mientras mira embobado el cielo..., disfrutando de una soledad creativa. Pero, en otros casos, el *haijin* es un desterrado, un mendigo o un viajero que peregrina en busca de sí mismo y de su conexión con lo natural, con ese universo primitivo y originario que constantemente se presenta ante nosotros y que la mayoría de las veces se nos pasa inadvertido. Entonces, el poeta, incluso admirando la belleza, puede sufrir, puede sentirse defraudado por su condición o por su sino. Tal es el caso en este *haiku* de Issa.

El poema nos constata la armonía de la creación en los primeros dos versos (los ciruelos están en flor y los ruiseñores cantan), el mundo vegetal y el animal se desarrollan de manera perfecta. Sin embargo, cuando el “yo” del poeta entra en escena en el último verso, nos damos cuenta de dos cosas: la primera es que en el reino del hombre no existe la misma armonía que en los otros dos, puesto que el hombre no ha sido creado para estar solo y aquí lo está; la segunda es que el poeta, además de sentirse desterrado de la especie humana, se da cuenta de que tampoco puede comunicarse con aquello que le rodea, no, al menos, de la manera que él sabe... Por eso los ciruelos están en flor, los ruiseñores cantan, pero él está solo. Y aún así, Issa se ha dado cuenta de la belleza que el rodea.

II

Matsuo Bashoo

*con la luna de agosto
paseé perdido junto al estanque
toda la noche*

El mismo autor que escribió estos versos defendía la tesis de que un buen *haiku* no debía de mostrar más del 70% de su contenido real, convirtiéndose en **una obra de arte sugerente** que incitase a la sensibilidad del lector para experimentar la misma impresión que le había cautivado a él. En este caso, Bashoo lo consigue.

Cuando leemos este poema, nos encontramos en un primer lugar con realidades muy poéticas que recrean casi un mundo paradisíaco: la luna, un estanque, el frescor de una noche de verano... Leemos el *haiku* y nos cautiva tan intensamente que no nos





extraña que un poeta quiera perderse junto a esa belleza toda la noche. Pero, si releemos y profundizamos un poco más en esa imagen, nos damos cuenta de que el poeta ha callado aquello que le ha subyugado, aquello que le ha convertido en esclavo de esa noche y de aquel lugar. Se encuentran presentes la noche, la luna y el estanque, pero, al decirnos el poeta que ha estado “perdido junto al estanque”, nos damos cuenta de que no debemos de contemplar esos objetos de manera aislada, sino como un todo, tal y como el *haijin* los ha sentido esa noche de verano mientras paseaba. Entonces nos damos cuenta de que aquello que ha apresado el corazón del poeta y que le ha llevado a sentirse parte de ese microcosmos ha sido el reflejo de la luna en el estanque. No la luna, ni el estanque: sino ese reflejo sutil e inmaterial que une el cielo con la tierra y hace al ser humano partícipe de algo superior, aunque se sepa perdido y vagabundo en su inmensidad.

III

Yosa Buson

*estaba sufriendo
y al llegar a la cima
¡zarzas en flor!*

Los estados de ánimo del poeta también pueden transformarse, en función del entorno, en *haiku*. Tal es el caso de este poema de Buson.

Estos tres versos están cargados de una tensión que se resuelve gracias a la aparición de la belleza. En el primero, nos encontramos con una imagen patética y dramática del ser humano, presentándolo como un ser débil y sensible. Seguidamente, nos damos cuenta de que ese hombre asciende por un sendero de una montaña y nos sacude la imagen de un lugar ya alto en el que todo hombre puede sentirse cansado, incapaz de alcanzar el objetivo que se había marcado en un principio y que sigue luchando por propia inercia. Además, la dureza de la montaña se contrapone a la debilidad del hombre que intenta superar un reto casi imposible. En el tercer verso, acontece la sorpresa, la belleza, el *haiku*.

Cuando uno asciende o escala una montaña, la primera acción que realiza al llegar a la cima es contemplar todo aquello que le rodea con ademán victorioso para, seguidamente, ensimismarse con la hermosura de un paisaje sorprendente y que, supuestamente, redime todas nuestras anteriores fatigas. Nos sentimos plenos y libres porque podemos mirar o atrapar con nuestros sentidos todo aquello que nos rodeaba mientras subíamos la montaña y que ahora poseemos. Pero al llegar al tercer verso de Buson, nos encontramos con una paradoja: el poeta no nos deja abandonar la montaña, no es capaz de hacerlo él mismo, porque ha encontrado la belleza de unas “zarzas en flor” y todo el amplio paisaje que se abre ante sus ojos queda ocultado ante esa mínima imagen de la cima de la montaña. Él no puede abandonar la montaña, nosotros tampoco. Además, el *haijin* también se ha dado cuenta de que aquello que le martirizaba durante tanto tiempo (la montaña) ahora, al llegar a la cima y superar su reto, le ha otorgado la más hermosa visión que su corazón hubiera deseado, invitándole a quedarse en ella.





IV

Issekiro

*mientras lo estoy cortando
puedo percibir
la serenidad del árbol*

Aprender de la Naturaleza es un don que el ser humano parecer no valorar. Estudiamos leyes, ciencias, arquitecturas, literaturas..., cualquier obra que haya salido de nuestras manos, pero desatendemos el aprendizaje y el conocimiento de nuestra esencia, de una esencia que es natural y que se ha gestado en la naturaleza, como la del caballo o la del mosquito, e infravaloramos la importancia de las acciones de aquello que nos rodea. Somos naturaleza y nos comportamos como si no lo fuéramos. Al percibir lo natural como algo ajeno, le cerramos nuestras puertas y nos parece imposible que pueda establecerse una comunicación con el objeto en cuestión (en este caso, un árbol talado). Aprendemos de los libros, no de la vida; atesoramos conocimientos, no sentimientos; colmamos nuestro cerebro, no nuestra alma.

Este *haiku* habla de todo esto: de cómo el hombre puede “hablar” con la naturaleza, recuperando en un instante su condición de “criatura natural” mientras mata a otro igual (el árbol) y recibe su enseñanza. La esencia del árbol posee serenidad y es en el último momento de su vida, mientras se la estamos arrebatando, cuando nos damos cuenta de lo que estamos haciendo y nos reconocemos en el otro para aprender de nuestros errores y de nuestras deficiencias. El árbol en vida tiene serenidad, el árbol muriendo tiene serenidad. Ahora nosotros, también.

V

Issa Kobayashi

*el relámpago
me asustó dejándome
embobada la cara*

La capacidad para sorprenderse es la condición más primitiva del ser humano y resulta fundamental a la hora de intentar escribir un *haiku*. Es ya un tópico decir que los niños ven aquello que los hombres no somos capaces de captar: ven el mundo sin prejuicios, en función de sus intuiciones, involucrándose en él, creyendo que una nube puede cogerse y hablando con una hormiga que quiere que sea su amiga. Los niños están en el mundo, no lo piensan, lo viven. A eso es a lo que debe de aspirar el *haijin*: a ser otro elemento más de la existencia dentro del universo, otro ente natural que se sorprende de cada uno de los acontecimientos que el rodean, porque cada uno de ellos es una expresión de la armonía y la belleza del universo. El tigre mata al cordero porque debe de ser así, no porque sea sanguinario: el equilibrio de la naturaleza se resquebrajaría si un solo tigre dejara de hacerlo. El niño se sorprende del mundo continuamente y nos lo intenta demostrar, descubriendo ese mundo natural y primigenio que continuamente está viviendo ante nosotros y que se nos antoja transformar y



delimitar dentro de categorías o definiciones falaces. El niño ve un relámpago, se asusta y se asombra; el *haijin* ve un relámpago, se asusta y se asombra.

VI

Issa Kobayashi

*si tuviera a alguien
regañaría con él
bajo la luna de hoy*

El amor, cuando es verdadero, sí es *haiku*. Pocas son las obras literarias que plasman el amor de verdad y, sin embargo, estos tres versos de Issa lo han conseguido. Por regla general, el planteamiento amoroso de un texto se basa en la presentación de ciertos arquetipos o ideas preestablecidas sobre ciertos personajes que el autor ha creado para dar una determinada visión del amor. Si el autor desea contar una historia sobre el amor no correspondido, como hace Kabawata, creará una serie de personajes con unas características bien definidas para que la acción transcurra de la manera más apropiada. Si el autor, por el contrario, se propone dar vida a un amor trágico, como hace Fernando de Rojas en *La Celestina*, plasmará ciertos caracteres propicios al desenlace de una obra de esta tipología. Pero, ¿y cuando el amor que se escribe es el amor de verdad, el real? Entonces no es literatura, porque es vida y la vida no es una ficción; entonces, comprendemos que más que un poema es una confesión y más que una confesión, una realidad.

En este *haiku* de Issa encontramos el amor de verdad. El poeta ha estado contemplando la luna (arquetipo de belleza y de tópico para los encuentros románticos) y se ha dado cuenta de que, aunque rodeada de estrellas, está sola: no hay otra luna como ella, no hay dos lunas en este mundo. Ella es la única luna y está sola, como él. En este momento, el poeta siente deseos de realidad, de volver a experimentar el amor, que es intrínseco a toda criatura. No persigue un amor platónico ni idealizado: quiere el amor de verdad y desea la compañía de una persona con la que regañar, porque sabe que en el amor también se regaña y a veces más de la cuenta, pero no por ello deja de ser amor. Issa busca esa noche un amor verdadero, uno con el que se pueda regañar y reconciliarse, no un amor de libro. Entonces, mientras pronuncia su deseo, convierte a la luna, no en la luna arquetípica que presencia el encuentro de todos los enamorados, sino en la que cada noche gobierna el cielo de los hombres y siempre se encuentra presente cuando discutimos y cuando nos amamos.

